

# Alma: secretos soles de conciencia

Raquel Lanseros

No es tarea sencilla aunar la tradición poética con el lenguaje y las formas de expresión actuales. Rafael Juárez (Estepa, Sevilla, 1956) pertenece a esos contados poetas que resuelven con aparente facilidad la difícil ecuación de combinar estrofas de nuestra métrica como las décimas, las cuartetas o los sonetos con un discurso transparente a la vez que impregnado de un mensaje profundo y en ocasiones incluso trascendente.

Es Rafael Juárez un poeta fajado en todos los aspectos del mundo literario, no en vano ha sido librero y editor y trabaja en la actualidad para la Fundación Francisco Ayala. Ha disfrutado asimismo en 1999 de una beca de la Academia de España en Roma. Licenciado en Filología Hispánica, tiene publicados los libros de poemas *Otra casa*, *Las cosas naturales*, *Aulaga*, *Lo que vale un vida* y la antología poética *Para siempre*.

El libro que ahora nos ocupa, *Medio siglo*, ha sido publicado unos cinco años después de que el poeta cumpliera la cincuentena y el fruto de la reflexión «nel mezzo del cammin di nostra vita», –parafraseando a Dante Alighieri–, es muy patente a lo largo de todo el poemario. Está *Medio siglo* dividido en ocho partes diferenciadas y a su vez encabezadas por un poema, «La compañía», que supone todo un homenaje a los grandes maestros que han iluminado el camino poético de Juárez: «Oculto como Borges o entregado/como Lorca, cada hombre tiene dos/maneras de vivir enamorado:/yo he vivido perdido entre las dos./ (...) / Silencioso en la línea de Machado/y elocuente en la lengua de Neruda,/ (...)

---

Rafael Juárez: *Medio siglo*, Pre-Textos, Valencia, 2011.

/ Garcilaso discreto y dolorido,/ Bécquer directo, lúcido y ligero/como un dardo, áspero Blas de Otero.»

Desgrana Rafael a continuación una guirnalda de poemas pulcramente confeccionados, de una cuidadísima métrica, en los que el sentimiento trascendente ocupa un espacio sustancial: «Sólo si viven aquellos/de quien soy, cuando yo muera/descansaré junto a ellos, /como un niño que se esconde.» Es Juárez un poeta de incisiva meditación y espíritu reflexivo, que pone palabras a las preocupaciones, anhelos y contradicciones que conforman el espectro del alma humana. Así, nos habla por ejemplo del amor, ese sentimiento poliédrico, controvertido e intenso que jamás se repite del mismo modo y al que los seres humanos llevan siglos tratando de diseccionar con palabras: «Quererte es una costumbre/de mis brazos que me dejan/manco para recibirte./ (...) / Mis ojos son los de alguien/que se introduce en la noche/seguro de que lo sigues.»

Dueño de un léxico vasto y exquisito, Juárez se permite también hacer guiños a sus poetas admirados, como en su poema «Soria», donde encontramos unas claras reminiscencias machadianas en la temática, lenguaje y estilo poético: «Camino y vía del tren por los collados/serpean y se separan sobre el Duero./Alegría de los álamos dorados/como candelas de un altar severo.» El paso del tiempo, tema poético por excelencia, encuentra en los versos de Juárez un cauce de pensamiento introspectivo. Mira el poeta hacia el pasado, sabedor de su naturaleza efímera y perecedera, a la vez que se proyecta hacia el futuro, plenamente consciente —a la manera de Jorge Manrique— de la inevitable fugacidad incluso de lo aún no acontecido: «Al ordenar los libros nuevamente/desordenó mis días. Los prestados/ o los perdidos y los arrumbados/sin leer, me socavan el presente./ (...) /Vuelvo a la inútil condición esclava/de organizar en cada estantería/mi ausencia plena y su presencia hueca.»

En la octava parte del libro, *La costumbre suave*, nos ofrece el poeta tres emocionantes últimos sonetos en los que se sumerge en la esencia más íntima de su ser, invitándonos como espectadores de primera línea a compartir sus ilusiones, sus desvelos, sus entusiasmos, sus conclusiones vitales, sus abismos y sus cumbres. Rafael Juárez es un poeta de aguda conciencia crítica enfocada

tanto a sí mismo como a su entorno y a su tiempo. En su lúcido poema «Una sombra», comparte su visión de la lucha ciudadana como un inalienable derecho, pero también como un ineludible deber: «No digo la nostalgia de los años gastados, /sino la claridad de una conciencia viva:/siempre seré de aquellos que gritan en la plaza./Por la paz imposible de mis antepasados./Por la gracia inmediata de vuestra comitiva./Por la pródiga sombra del ayer que me abraza.» También hay sitio para la confesión de los inevitables estragos que el paso del tiempo ejerce sobre la pasión amorosa. Una vez más, la herida del tiempo, –por utilizar el inolvidable título de Priestley–, se vertebra como el eje principal que guía el pensamiento poético de Juárez: «Ahora los dos sabemos que no aguanta el destino/ ni en el mejor poema ni en la mejor historia/veinte años de pasos, de besos, de agonía./Que nos mantiene juntos la herida del camino,/la costumbre suave que inventa la memoria,/la revuelta diaria que salva la alegría.» Sin embargo, a pesar de la doliente consciencia del poeta, se vislumbra en él un optimismo de fondo. Así, la belleza –entendida en términos filosóficos–, se postula como la única salvación posible del ser humano, la misma belleza que mitiga el dolor de la pérdida y otorga al fin y siempre sentido a esta existencia convulsa regida por leyes tan difíciles de soportar: «Aquí ya no hay dolor para que el hombre mida/su dolor, ni abandono que devuelva a la vida/su primera pujanza. Todo es más claro y hondo, /sólo queda belleza: colores sobre el fondo/de un cielo diluido y como tres hogueras/ –quietud, silencio, olvido– las tres rosas postreras.» En definitiva, los amantes de la buena poesía encontrarán en *Medio siglo* una mirada auténtica sobre los eternamente acuciantes asuntos del alma, así como una valiente apuesta por el rescate de las composiciones estróficas tradicionales al servicio del lenguaje de hoy en día, en el camino de la siempre necesaria y enriquecedora fusión entre el pasado y el presente ©